

## **¡VIVA EL DESEMPLEO!, ¡ABAJO EL CONSUMO!**

*Martín López Corredoira*

**Una de las consecuencias de la crisis que más preocupa a la población es el desempleo, cosa que los gobiernos, siempre preocupados por afianzar votantes en sus democracias más que por resolver los problemas de una sociedad, tratan de solventar con su lema de “crear empleo”. Mas el problema no es la necesidad de más productos (alimentos, casas, coches, textiles,...), el problema es más bien la distribución de riquezas. Apelar a una mayor productividad con el solo fin de crear empleo, o incentivar a la población para que aumente el consumo interno, revela lo absurdo del sistema neoliberal: una sociedad desquiciada por la producción y el consumo más allá de sus necesidades para que el sistema económico no se derrumbe.**

Uno de los aspectos más preocupantes de la actual crisis económica, en particular en nuestro país, es el alto índice de desempleo. Entiendo que los individuos en paro estén preocupados, pues reciben directamente sus consecuencias negativas, pero no comparto sin embargo el desasosiego que muestran los políticos que lideran el orden de la sociedad respecto al mismo. Y menos aún comparto sus propuestas de soluciones para “crear empleo”, esa expresión absurda que muestra las inconsistencias del funcionamiento de nuestras sociedades capitalistas neoliberales. ¿No debiéramos alegrarnos en vez de entristecernos por el hecho de que cada vez haya menos trabajos que realizar en nuestra sociedad? ¿O es que nos hemos vuelto masoquistas y preferimos madrugar y trabajar ocho horas diarias en tareas aburridas e ingratas en vez de estar en la playa, o en el campo disfrutando del tiempo libre, o estando más cerca de nuestras familias en vez de dejar a los niños en las guarderías, o dedicándose al estudio o aprendizaje de alguna faceta que deleite nuestro espíritu? No, realmente no es eso lo que piensa la mayoría de la población, y menos en España donde tanto la virtuosa vida de reposo como la viciosa vida de pereza siguen siendo unos valores estimados.

Lo que se quiere decir es que todos quieren un sueldo como trabajadores a tiempo total, porque el modo de distribuir la riqueza y tener acceso al consumo es a través de este mecanismo. Tenemos alimentos, tenemos casas de sobra para toda la población, tenemos coches y maquinaria y aparatos electrónicos hasta en la sopa, tenemos vestimentas para todos, pero la lógica en que se mueven nuestras sociedades es que, aunque haya bienes suficientes para el consumo de una sociedad, hay que producir más bienes aún, más casas, más coches, más artefactos, más carreteras,... a fin de dar un puesto de trabajo a quien no lo posee. Absurdo, ¿no? Si tenemos comida y casas y ropa y... suficiente para todo el mundo, bastaría con

distribuirlo todo inteligentemente entre la población, reducir las jornadas laborales, aumentar el tiempo de ocio entre la población, etc.; pero en vez de eso, lo que se plantea es justamente lo contrario: se dan subvenciones a las industrias automovilísticas y se empuja a la población al consumo para poder tener gente ocupada haciendo coches, obras públicas, o lo que sea. España y su ficticio milagro económico a base de poner gente a trabajar en la construcción de casas y especular con el valor de la vivienda es especialmente patético: una sociedad que crea empleo haciendo casas para tenerlas desocupadas es una sociedad enferma.

O mismo se crea empleo en la administración o algún puesto de funcionario del Estado para que, aunque no sirva para nada lo que hacen, por lo menos estén en nómina. Absurdo, pero no lo es para el político, que con ello compra votos y coloca a sus amigos. Tenemos ahora cuatro veces más funcionarios y chupatintas administradores que en los tiempos de Franco y..., francamente, creo que las cosas funcionarían mejor si se echase a ese 75% sobrante de empleados a la calle que no hacen más que entorpecer la vida del ciudadano con tanto formulario H o J. Era común también en la antigua Unión Soviética esa ineficiencia del personal empleado del Estado: había multitud de gente con ocupaciones inútiles por todos lados.

El letrero de “Plan de estímulo de la economía y el empleo” del gobierno se ve también por doquier. En el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife, por ejemplo, dependiente del área de cultura del ayuntamiento, el único de la ciudad aparte de pequeños locales, inaugurado en 1851, totalmente restaurado y reinaugurado en 1991, en buen estado actualmente, pero que estará cerrado por casi un año en obras, o más, porque sus administradores han visto más rentable acogerse a la subvención del gobierno de creación de empleo de más de un millón de euros que con el teatro en funcionamiento, y así el ayuntamiento se ahorra también las subvenciones culturales para las artes escénicas, dejando a la ciudad sin su único teatro. Paradójicamente, para dar empleo a unos artistas de la brocha, martillo y cincel hay que menguar la actividad de las compañías de teatro que no pueden utilizar el escenario, y dejar en desempleo al personal del teatro. Es un ejemplo de cómo “crear empleo” puede ir en contra de los intereses de la sociedad.

### **El valor del trabajo**

El trabajo y el valor que éste representa—bien sagrado para unos, o castigo impuesto para otros—constituye un tema principal a la hora de examinar el funcionamiento de una sociedad. El análisis sociológico de cualquier conjunto humano, pequeño o grande, primitivo o moderno, ha de pasar por un entendimiento de la organización en el reparto de funciones, así como en el reparto de la riqueza del conjunto entre los miembros. Aquí, me referiré solamente a la situación de la sociedad contemporánea occidental en su conjunto, al ente que vive hoy en el planeta globalizado, y más particularmente me referiré a los países capitalistas, de mercado

libre, desarrollados e industrializados, con una renta per capita alta, excluyendo así a los países en vías de desarrollo.

En nuestros tiempos, los oficios tienden a perder de vista su función inicial. El trabajo en la sociedad actual ha adquirido un valor inusual hasta ahora en el transcurso de la historia de las naciones. Aquello de trabajar para ganarse el pan no tiene mucho sentido en gran parte de los oficios actuales. No hay en los países desarrollados, donde la falta de alimentos no constituye una amenaza al individuo, necesidad de trabajar para sobrevivir. Basta una muy pequeña parte de la población trabajando en la agricultura y la ganadería, alrededor del 4%, para abastecer a toda ella con alimentos de sobra. Es cierto que en otros tiempos había muchas faenas rutinarias en el campo que requerían gran cantidad de horas de trabajo diarias por parte de una buena parte de la población para poder alimentar a la población. Hoy, la mecanización, que sigue creciendo más y más, ha dividido esos esfuerzos por factores inmensos. Lo que antes hacían 20 o 30 hombres en una jornada lo puede hacer ahora uno solo, e incluso más. Punto 1: la mayor parte del trabajo no se realiza para el abastecimiento de las necesidades de la sociedad; la sociedad tiene de sobra para alimentar o dar alojamiento a sus individuos con unos pocos trabajadores.

Además, por poco perspicaces que seamos, nos daremos cuenta de que no recibe más quien más trabaja. Es más bien una cuestión de picaresca: los que menos saben desenvolverse en la sociedad cargan con los peores trabajos; normalmente lo inmigrantes son los que cargan con la peor parte de la distribución de labores. El frenesí de la actualidad nos ocupa en actividades ajenas a la alimentación o cualesquier otra necesidad del individuo. Se crean multitud de ocupaciones y se crean múltiples jerarquías en todos los trabajos, de modo que los de arriba trabajan menos o en actividades menos pesadas y cobran más mientras que los obreros de los niveles más bajos hacen la parte que los de arriba no quieren realizar. Es lo que se llama plusvalía. Punto 2: no recibe más quien más aporta ni viceversa.

El reparto de riquezas en el actual régimen capitalista no es lo que parece. Cada vez más, el puesto de trabajo se vincula a una necesidad de percibir un salario con el que adquirir bienes. La mayoría de los trabajos no son productivos, no hacen nada útil. Los problemas con los que se enfrentan las comunidades actuales para tener a todos sus individuos contentos estriban en tener a todo el mundo ocupado y con nómina, crear puestos de trabajo; si ese trabajo es productivo o beneficioso para la comunidad es una cuestión secundaria. La distribución de la riqueza, aunque sea de modo poco equitativo, es el problema, más que la creación de la misma. Y un modo de repartir riquezas es dar un salario a cada individuo, con el que puede adquirir las riquezas, a cambio de algo. ¿De qué? De su trabajo, por ejemplo, o de los productos que oferta en un mercado; pero se podría idear otra excusa. Punto 3: muchos creerán que se ganan lo que reciben, pero lo cierto es que, salvo unos pocos casos, el trabajo es una “excusa” para poder participar de los bienes comunes.

Dado que los individuos se ven recompensados con mayores salarios cuanto más producen, sea justa su retribución o no, y que con esos salarios pueden adquirir servicios que proporcionan placeres mundanos y plebeyos, como tener una casa o un coche grandes para provocar envidias, o grandes comilonas o comprar mujeres, etc., ocurre que la producción se desborda, se crea mucho más de lo que se necesita, aunque realmente su trabajo no es tan necesario en muchas ocasiones. Ocurre como con los ratones de laboratorio a los que se les conecta unos electrodos en el cerebro y se les estimula las zonas de placer cada vez que éstos pulsan un botón: los ratones caen en una obsesión, y no dejan de apretar el botón más y más veces hasta que se desquician. Esto en los humanos origina una estructura de sobreconsumo/sobreproducción que constituye un bucle perpetuo hacia el que caen vertiginosamente desquiciadas las sociedades industrializadas. Este desquiciamiento se alimenta del ansia de los individuos de producir más para poder percibir más ingresos y tener más bienes materiales sin preocuparse realmente de los bienes que tal producción aporta a la comunidad. Punto 4: el trabajo desquicia.

Según la lógica de la industrialización, las máquinas reducen esfuerzos al hombre. En una sociedad bien organizada debería ocurrir que el hombre medio trabajase cada vez menos. Si las cosas se pueden hacer 30 veces más rápido, se necesita trabajar 30 veces menos tiempo, ¿no? Si un hombre trabajaba antes 10 horas diarias para ganarse el pan y otras necesidades de él y su familia, tendrá ahora suficiente con trabajar 20 minutos diarios para lo mismo, ¿no? En estas “cuentas de la vieja” debe de fallar algo porque el resultado no coincide con lo que vemos en la práctica. Cuando uno piensa en lo que come todos los días, junto con el consumo ordinario de los productos de un hombre medio de hace un par de siglos, y calcula cuánta mano de obra puede haber invertida en la elaboración de esos productos, seguro que son sólo unos pocos minutos y, sin embargo, trabajamos unas ocho horas diarias. Peor aún, ahora trabajan los dos miembros de una familia, el marido y la mujer, para poder sostener a su familia, mientras que antes era suficiente con que trabajase uno de ellos. Las cuentas fallan, ¿por qué será? Hace dos siglos había muchos problemas de reparto de riqueza, algunos nobles vivían del esfuerzo ajeno. Hoy la situación no ha mejorado.

Esto ocurre también de un modo muy claro con el mercado inmobiliario. Un individuo con una economía media suele pasarse unos veinte o treinta años de su vida aportando una tercera parte de su sueldo, pongamos, para pagar la hipoteca del “pisito”. Eso significa que, equivalentemente, el individuo trabaja de 7 a 10 años de su vida a base de 8 horas diarias para él, o sea, que un bloque de viviendas con 50 pisos equivale a unos 400 años de mano de obra de un individuo a jornada completa, o unos 400 individuos trabajando a jornada completa durante un año para él, incluyendo la manufactura de los materiales de construcción y coste del suelo. No estoy muy al tanto de los costes de construcción pero aseguraría que no hace falta ni la cuarta parte de personas, incluyendo la mano de obra creadora de los materiales de

construcción. Estimativamente, pienso que unas 50 personas trabajando durante un año, para la creación de materiales y la propia construcción y diseño del edificio, es más que suficiente. Las cuentas siguen sin salir nuevamente.

Entonces, la pregunta es ¿por qué trabajamos? ¿Qué pagamos con el sueldo ganado de nuestros esfuerzos? Aun juntando los gastos de vivienda, alimentación y otros que pudieran ser usuales como vestidos, muebles,... sigue siendo necesaria una mano de obra muy pequeña en comparación con la que empleamos en nuestro trabajo. Estimo que una hora de trabajo debiera ser más que suficiente para paliar nuestro consumo y el de nuestra posible familia. Pablo Lafargue estimaba en su “El derecho a la pereza” que un límite máximo de tres horas diarias sería suficiente, y ello lo decía en una época—finales del s. XIX—en la que no había tantos avances industriales e informáticos; así que una hora sería hoy en día más que suficiente en equivalencia a aquellas tres horas. Sin embargo, se trabaja más. ¿De qué nos ha servido la industrialización?, ¿qué pasa aquí?

Se nos habla de que vivimos en la sociedad del bienestar, y de que nuestro trabajo sirve para sostener nuestra alta calidad de vida. Difiero de tal opinión, principalmente por no estar de acuerdo en lo que se incluye dentro de “calidad” o “bienestar”. La felicidad es un concepto bastante relativo, pero en términos más absolutos es claro que el número de amargados en nuestra sociedad supera a cualquier otra forma de sociedad. Y sobre el relax, el tiempo de ocio, etc. que nos concede la actual sociedad tampoco veo el punto de que hayamos avanzado mucho. Tribus africanas de individuos con taparrabos como la de los !Kung no dedican demasiado tiempo al trabajo—caza y recolección de alimentos básicamente—, unas veinte horas a la semana, y tienen una buena dieta, abundante tiempo de ocio, larga longevidad, o sea, un alto nivel de vida. Paradójicamente, en las sociedades de tecnológica más avanzada se trabaja más. ¿Qué pasa aquí?

### **Los parásitos del sistema**

Hay una doble explicación. Primero, que se consumen mercancías que no se consumían antes. El capitalismo nos hace tomar como cosas esenciales algunas que no lo son. Pero la explicación más importante es la segunda: que realmente no sólo trabajamos<sup>1</sup> para nosotros y para nuestra familia sino que, como tenias en el intestino, existen multitud de oficiantes inútiles que viven del cuento y se alimentan del sudor del de enfrente. Es a lo que me refería antes al mencionar lo de las plusvalías. Hoy quizá quepa más hablar de plusvalía global o “términos de intercambio” entre naciones dado que las condiciones de globalización han trasladado la

---

<sup>1</sup> Bien, más que decir “trabajamos” debería decir “trabajan” pues yo pertenezco más bien a los oficiantes inútiles. ¿De qué vivo? Soy universitario vividor del cuento de la cultura.

esclavitud a países en vías de desarrollo para que los países más ricos y opulentos se beneficien del sudor de las clases oprimidas en el tercer mundo. No obstante, sin salirse de nuestro país también hay esclavos y explotadores. Y no es que valore el trabajo de ejecución y desvalore el trabajo director, como hacen algunos comunistas, es simplemente que algunos ni producen ni dirigen la producción, simplemente especulan con los valores producidos por otros o viven del cuento.

Volvamos al ejemplo de la compra de la vivienda. ¿A dónde van los esfuerzos de nuestro trabajo, muy por encima de lo que cuesta hacer la casa? Gran parte se va a los bolsillos de personas que se enriquecen en pocos años gracias a estos negocios: constructores, especuladores financieros, políticos corruptos a sueldo de los constructores,... Según el Tribunal de Cuentas, una tercera parte de la financiación de los partidos políticos en España es ilegal y procede principalmente de la especulación urbanística, que va pareja a una corrupción urbanística generalizada que implica a todas las fuerzas políticas de nuestro país. Y la otra gran parte se va en permisos, papeles, impuestos del edificio, impuestos del solar del edificio, impuestos de los materiales del edificio, impuestos de los impuestos,... Impuestos que en muchos casos no se reinvierten en el sector público sino en cacicadas de los políticos y sus amigos; muchos son los casos en que el político fulanita adjudica una contrata a unos amigos para realizar ciertos trabajos públicos por un precio mucho mayor del que vale su trabajo. Alimentar a los funcionarios chupatintas e inútiles, que son una buena parte de la población, es también el destino de los impuestos. D. Fulanita se hace un papelote del proyecto y no sé que más, lo que le lleva unas pocas horas de trabajo, y se cobra lo que un obrero medio en varios meses. Luego, las tasas, la licencia para esto, el permiso para esto otro,...; en definitiva, alimentar a la administración del Estado para que hagan más papeles inútiles.

Grandes sanguijuelas son los firmapapeles. Abogados<sup>2</sup>, notarios, personas que ponen su firma y cobran cantidades deshonestas equivalentes a varias semanas de trabajo de un obrero medio. Personas que se esfuerzan por conseguir una plaza, ya sea por oposiciones o por ser amigo del poderoso, y una vez conseguida ésta viene la vida vegetativa auspiciada por un esfuerzo en querer convencer a los demás de que su labor es útil y que hacen muchas cosas beneficiosas simulando una actividad que nadie necesita<sup>3</sup>. Así está el sistema y así lo hemos asumido.

No podemos juzgar todas las profesiones por igual. Todavía quedan algunos artesanos que trabajan con la ilusión de alimentar a su camada, y sienten cada hora de esfuerzo. El cuerpo

---

<sup>2</sup> La decadencia y las leyes tienen una cierta correlación en las sociedades. Sabido es por los sabios chinos desde hace mucho tiempo, por propia experiencia en su historia, que cuando los imperios están hundiéndose, éstos cuentan con muchas leyes. Decía también el pensador colombiano del s. XX Gómez Dávila: *“Las sociedades moribundas acumulan leyes como los moribundos remedios”*.

<sup>3</sup> Las personas referidas no tienen necesariamente por qué ser funcionarios del Estado, pero a nadie se le escapa que la mayoría son unos buenos candidatos a la descripción de inútil dada.

social enfermo está constituido por células muy diferentes: unas benignas y algunas malignas; las malignas no sólo están putrefactas ellas mismas sino que transmiten la podredumbre a los demás.

Dentro de la escoria que menciono figuran profesiones legales e ilegales. Los traficantes de drogas, que inducen al destroz de tantos jóvenes para poder ellos vivir, son algunos de los ejemplos de virus patógenos de los que el cuerpo social trata de defenderse. Pero hay otros virus igual de patógenos que el cuerpo asimila como legales.

No todo lo que la sociedad ataca es escoria, ni toda la escoria es atacada por las defensas del cuerpo social. Cuando algún cuerpo está podrido hasta la médula, deja de reconocer a sus auténticos enemigos y se va a la hecatombe contemplando su propia decadencia.

### **Publicidad y esclavitud al consumo**

*“Bajo el impulso de la publicidad universal, las pinturas para labios y mejillas, repudiando su origen—la prostitución—, se convirtieron en cuidado de la piel, y el traje de baño en requisito de higiene. No hay salida. El solo hecho de que ello se cumpla dentro del sistema superorganizado del dominio imprime incluso al amor la marca de fábrica.” (Adorno)*

Dentro de las profesiones más funestas que puedan existir está la de publicista. Estos carroñeros del capitalismo no sólo ensucian las ciudades con papeles de todos los colores, no sólo irrumpen molestando en cualquier retransmisión radiofónica o televisiva rompiendo la continuidad de los programas con melodías pegajosas y slogans machacantes; no, además de la falta de belleza con que se manifiestan en la sociedad, se dedican a estudiar los puntos débiles del consumidor para inducirle al gasto, buscan el manejo de las masas utilizando su psique. De todos los ascos que hay que hacer al capitalismo, ellos representan una de las partes más despreciables. Su trabajo es tan sucio como el del traficante de drogas. Alimentan a los suyos a base de corromper la mente de los demás. Las empresas contratan sus servicios para poder multiplicar sus ventas, y ellos invierten su creatividad en buscar fórmulas publicitarias que induzcan a los individuos a esclavizarse trabajando para conseguir el objeto que inducen a desear.

Los publicistas no informan de la existencia de un producto. Todo el mundo sabe que existen coches y dónde encontrarlos. Todo el mundo sabe que existen refrescos en las tiendas y en los bares. No es necesario insistir tanto para dar a conocer un producto. La misión de los anuncios es similar a la de los capataces de esclavos que antaño dirigían a los miserables esclavos. La diferencia está en que antes los esclavos se reconocían como esclavos del sistema, y ahora se les engaña haciéndoles creer que son libres, que pueden elegir. Los publicistas

motivan la elección no-libre. Los esclavos contemporáneos son doblemente esclavos por no reconocer su esclavitud.

Esos empleadillos, esos funcionarios,...

*“Todo hombre declina su personalidad al convertirse en funcionario: no lleva visible la cadena al pie, como el esclavo, pero la arrastra ocultamente, amarrada en su intestino. Ciudadanos de una patria son los capaces de vivir por su esfuerzo, sin la cebada oficial. Cuando todo se sacrifica a ésta, sobreponiendo los apetitos a las aspiraciones, el sentido moral se degrada y la decadencia se aproxima. En vano se buscan remedios en la glorificación del pasado. De ese atafagemiento los pueblos no despiertan loando lo que fue, sino sembrando el porvenir.”* (Ingenieros, “El hombre mediocre”)

Conozco algunos individuos que buscan el empleílo o el puesto de funcionario como un medio que les permita ganar dinero, pensando en principio utilizar el tiempo libre para otros menesteres más altos. Qué de acuerdo estoy con Nietzsche cuando dice:

*“Cuando estamos de viaje, olvidamos, por lo general, la finalidad del mismo. Igualmente, elegimos y empezamos a ejercer una profesión como medio para alcanzar un fin, pero luego seguimos ejerciéndola como si fuera un fin en sí. El olvido de las intenciones es la estupidez que más a menudo cometemos.”*

O con Baltasar Gracián: cuando dice:

*“Vulgar desorden es entre los hombres hazer de los fines medios y de los medios hazer fines: lo que ha de ser de passo toman de asiento y del camino hazen descanso; comiençan por donde han de acabar y acaban por el principio.”*

Los grilletes son sustituidos por la manipulación del deseo consumidor. El ideal del vulgo: ser funcionario pisapapeles y esclavizarse al consumo. El ideal del publicista: esclavizar a los demás y a sí mismo, ser capataz y esclavo del sistema, colaborar con el opresor: las fuerzas vivas del Capital.

Se potencia el consumo por el consumo mismo. Si no es posible crear una dependencia se inventa o se impone. Si la ropa no se desgasta, se hace creer que está pasada de moda y que se necesita cambiar el vestuario. Si los productos son demasiado buenos y no sufren desgaste, y el recurso de la moda no resulta suficientemente convincente, se puede llegar a adulterarlos: se estropean a propósito para que duren menos y el consumidor se vea obligado a restablecer periódicamente sus productos. ¿Qué no se hará hoy por el vil metal? Ya a finales del s. XIX se practicaba esto, de hecho; por ejemplo: la flexibilidad natural de la fibra sedosa era adulterada con sales minerales que, añadiéndoles peso, la hacen quebradiza y de poco uso.

### **Industria manipuladora**



La industria alimenticia acabará por envenenarnos a todos. Los individuos-célula encargados del suministro alimenticio funcionan cada vez peor. Cada vez los productos son menos naturales, el ganado engordado artificialmente con rapidez haciéndoles comer basura, las frutas y verduras llenas de venenos cada vez más fuertes,... Un día son las vacas locas, otro día el salmón con exceso de toxinas, otro día la soja transgénica, y lo que queda por venir... ¿Por qué? Porque hay prisa por ganar mucho dinero en poco tiempo. ¡Pero si ahora tenemos tiempo!; con las máquinas que hay es posible producir mucho en poco tiempo; pero la ambición humana no tiene límites y cuanto más alcanza más quiere alcanzar. Las multinacionales alimenticias ganan mucho dinero con poco esfuerzo, pero todavía se rompen la cabeza para ganar más aún con menos esfuerzo todavía. Se esfuerzan por ofrecer productos con buena apariencia antes que buenos de por sí. ¿Hasta qué límite? Hasta que empiece a peligrar la salud de sus clientes; no por nada moral, sino porque ello traería mala fama a sus productos y perderían ventas, o podrían terminar en la cárcel si llega a haber fallecidos.

Se quiere experimentar con productos transgénicos y diversas técnicas de adulterar los alimentos o crear otros nuevos ¿Para qué? ¿No hemos ingerido durante miles de años los mismos productos sin problemas? ¿Por qué complicarse la vida con nuevos tipos de alimentos? La respuesta está en el enriquecimiento de unos pocos. No se trata de hacer un bien a la comunidad humana, el capitalismo es poco eficaz como simbiosis comunitaria.

En el sector de la alimentación cabe también destacar cómo progresivamente ha ido aumentado el número de intermediarios entre productores y consumidores. Antes, años ha, era usual comprar leche directamente al ganadero que la producía, o él mismo se encargaba de distribuirla, al menos en el medio rural o pequeñas ciudades en el norte de España; aquellos tiempos de las lecheras... Hoy todo tiene que ir etiquetado con su ISO 9001 y toda esa basura burocrática de la que viven tantos oficinistas inútiles. Y tiene que haber una empresa que recoja la leche, que la envase, que la distribuya, el publicista, el transportista, el tendero, el exportador si cabe,... En fin, una media docena de intermediarios o más entre quien produce la leche y la consume. Ésa es la realidad para casi todo, desde leche y huevos, o manzanas que hay que traerse desde Chile, ¡ni que no hubiese manzanas en España!, hasta libros o cualquier bien de consumo. El sistema se pervierte y ahoga progresivamente el comercio local sin intermediarios, propiciando la existencia de multitud de intermediarios improductivos.

¡Ay!, ¿y qué me dicen de la industria farmacéutica? ¿Sabíais que las fábricas de medicamentos reparten regalos en algunos casos a los médicos que recetan alguno de sus productos por encima de unas cifras que ellos marcan? Sí, sí, lo que leéis. Les regalan ordenadores, viajes,... a cambio de que receten a una amplia cantidad de sus clientes lo que han fabricado. ¡Qué miedo! Ya no se va a poder ni confiar en los que se ocupan de tu salud. Alguno habrá incluso capaz de prolongarnos la enfermedad para que consiga los puntos necesarios y le den ese viaje de sus sueños.

De hecho, la industria farmacéutica, con el beneplácito de los profesionales de la medicina, es una de las facetas más inmorales de nuestro capitalismo. Se dan multitud de casos de enfermedades que podrían curarse y no se hace porque ello no es rentable a la industria farmacéutica, es más rentable crear medicamentos que curen un poco pero no del todo, para que se siga consumiendo de ellos. Se dan casos de enfermedades con millones de muertes en el tercer mundo que podrían evitarse pero que no se evitan porque a la industria farmacéutica sólo le interesa el dinero de sus clientes y en los países en vías de desarrollo hay poco dinero que explotar. Por supuesto, esto lo saben nuestros políticos demócratas, santos varones, los que vigilan por nuestro supuesto bienestar, pero no hacen nada y callan porque no les interesa luchar contra el capital que los mantiene en el poder.

Sale más rentable promocionar productos como el “Tamiflu” para la Gripe A, una leve enfermedad al nivel de mortandad de la gripe ordinaria, porque los potenciales clientes son centenares de millones de occidentales a los que se los puede manejar e inducir históricamente al consumo de vacunas y medicamentos a través de la campaña publicitaria que les proporcionan los medios de comunicación hablando todos los días del tema, al servicio del capital, ¿cómo no?

Otro ejemplo de malos bichos, y todavía más terribles si cabe, es la industria informática. Esa piara de técnicos del sector computacional obedece a las principales características del capitalismo salvaje.

Todos nos quedamos maravillados con las ventajas del ordenador y convencidos de lo útil que nos puede ser. ¡Qué maravilla!—podría uno exclamar ante la industria informática—, son los bienhechores la actualidad, ¡cuánto bien han hecho por la humanidad! Pero a poco que uno se fije en los tejemanejes de esta industria, se dará cuenta de que no son precisamente unos santos salvadores. Tienen tanta hipocresía y ganas de hacer bien a la humanidad como los miembros de un partido político. Una vez introducen en el mercado un producto y ya han sacado suficientes beneficios de él, están empujando al consumo de nuevos productos de su creación. Venden, prometen “software”, prometen asistencia... y al cabo de unos pocos años abandonan lo que han vendido y presionan al consumidor para seguir el ritmo de los avances tecnológicos. Su misión no es vendernos una máquina que nos sea útil de por vida sino, como en el vendedor de drogas, hacernos adictos al consumo de algo que ellos controlan.

Conozco casos de chantaje descarado en que las empresas de ordenadores obligan a sus usuarios a instalar periódicamente los nuevos sistemas operativos que van creando bajo la amenaza de cesar la asistencia técnica en caso contrario. Todo el “software” nuevo se hace pensando en las prestaciones de la última generación de ordenadores. Su gran desgracia es hacer unas máquinas de tan larga duración, que no tienen apenas desgaste, con lo que deben apelar al último grito tecnológico para hacer creer a sus clientes que lo que poseen está desfasado y es inútil. Y si no es por las buenas, por las malas, con amenazas. Cuando consiguen su objetivo,

plagar todas las instituciones de cacharros, viene su siguiente etapa: introducir una innovación que obligue a los usuarios a desembolsar ciertas cantidades de dinero, o sea, trabajar para ellos ya que ellos trabajaron primero. De lo contrario, amenazarán con dejar obsoleto al usuario, dejarlo arrinconado. Una vez hayan introducido una innovación, vendrá otra, y otra, y luego otra, hasta donde puedan exprimir a los usuarios. Como esta gente son unos bandidos profesionales, no hacen las cosas sin más ni más, no; primero, realizan estudios de mercado para ver hasta donde pueden aguantar sus contribuyentes. La verdad es que las prostitutas a su lado son unas santas.

La electrónica de consumo sigue un proceso similar. Basta observar el progreso de los aparatos reproductores de música: el giradiscos, el reproductor de cassette, de disco compacto, de MP3, los IPOD,... con cada nuevo avance dejando obsoleto los de atrás e impulsando al consumo de lo último, su política es similar a la de la industria informática. Lo que llama la atención es la capacidad del sistema para convencer a la gente de que los artilugios del pasado, que han utilizado durante décadas pasadas generaciones, no sirven ahora. Llama la atención que hasta un niño sin el menor oído musical y acostumbrado a música ligera ruidosa tiene unas exigencias técnicas por encima de un profesional cualificado y de oído fino de hace algunas décadas. ¡Es el progreso!—nos dicen—¡vamos a mejor!; mas no siempre. Por ejemplo, un equipo de alta fidelidad de discos de vinilo reproduce un mayor rango de frecuencias y con mayor resolución de sonido que un reproductor de MP3; a veces vamos para atrás. Yo poseo una preciosa colección de cassettes de música clásica y ya estoy temiendo que en unos pocos años no voy a tener ni dónde reproducirlos, obligándome a pasarme a las nuevas tecnologías y a consumir, ¡consumir! La electrónica de consumo se llama así por algo.

La industria del automóvil no merece mejores apelativos, también hay piezas del coche que se hacen a propósito para que se desgasten y haya que sustituirlas. ¿Y la dependencia con el petróleo? Conocido es que hay patentes de formas de locomoción alternativas, pero que los grandes poderes capitalistas compran para que no se lleven a cabo y así poder seguir vendiendo petróleo y derivados, con sus respectivos impuestos. Nuestros protectores, los políticos demócratas, conocen bien la situación pero no desean ni pueden cambiarla desde el puesto que ocupan.

Ahora entiende uno por qué no salen las cuentas de la mano de obra media de un obrero. Si se estuviesen quietecitos Mr. Bill Gates y compañía, si se fuesen a la playa, o a la montaña, o de putas, o a rascarse la barriga, entonces todos podríamos seguir disfrutando tranquilamente con aparatos obsoletos pero suficientemente buenos para lo que la vida nos pide; y si no hubiese ordenadores o televisores o coches tampoco se perdería gran cosa. Pero como a estos muchachos les da por trabajar incansablemente, resulta que todos tenemos que pagar el pato. Ellos trabajan, invierten miles de horas creando sus novedades y luego piden cuentas al resto del mundo: “¡Oíd!, tengo aquí una mercancía que tenéis que tragar”. Ya sea por las

buenas—con el cuento del progreso—o por las malas—con la amenaza de hacer obsoleto lo anterior—se las arreglan para que les adquiramos la mercancía y sudemos la gota gorda para pagarla a unos precios que incluyen la alta especulación. Hay que pagar también la propaganda que se le hace a los cacharros. Queramos o no, hemos de pagar en parte estos servicios, bien porque nosotros mismos adquiramos el ordenador o bien, al menos, para pagar con nuestros impuestos los gastos informáticos, de automóviles, etc. de todos los organismos estatales, que no son pocos. Estos significativos ejemplos aplicados a la industria mundial constituyen la explicación de por qué trabajamos. El frenesí del mundo, el torbellino del mundo<sup>4</sup>: unos empeñados en trabajar para hacerse ricos llenando el mundo de mercancías, y otros forzados a trabajar para pagar la demencia de los primeros. Esto es lo que se conoce como ley de la oferta y la demanda: una oferta planificada y un estudio de la conducta de las masas que permiten planificar la demanda de forma que se imponga el capital y su ley del valor en el último resquicio de la sociedad. Valga el ejemplo de la industria de ordenadores, o la electrónica de consumo, o la automovilística, como muestra de funcionamiento del capitalismo y extrapólese a los demás sectores, en mayor o menor medida. La varita mágica del capitalismo ha transformado lo que tocó en mercancía, y prácticamente no hay rincón donde no haya husmeado. Un mercantilismo que no surgió de la noche a la mañana sino que ha ido tomando su monstruosa forma con el transcurso de la historia, la historia del masoquismo y la represión. ¡Trabajad, malditos, trabajad! La productividad es lo que importa en las sociedades capitalistas, a ella quedan subordinadas todas las restantes necesidades sociales.

### **Aumentar la productividad para empobrecer espiritualmente**

*“En este mundo todo es oficio: profesionales del tiempo, funcionarios de la respiración, dignatarios de la esperanza, un puesto nos espera antes de nacer (...) Nadie tiene la audacia de gritar: ‘¡No quiero hacer nada!’; se es más indulgente con un asesino que con un espíritu liberado de los actos.” (E. M. Cioran, “Breviario de podredumbre”)*

Quizás sea ilustrativo el asunto si os relato algo de mis faenas como investigador de astrofísica. Hace muchos años, los trabajos en astronomía eran tediosos por el laborioso trabajo de reducción de datos a partir de las placas fotográficas. El catalogado de estrellas se hacía

---

<sup>4</sup> “Este gran torbellino del mundo—contestó José—me produce un poco de miedo. Todas esas gentes, que tienen que ganar su comida, que correr en automóvil, sentarse en el café y engañarse unos a otros; esas mujeres que andan a la caza de un marido, de un novio o de un amante, que tienen que lucir y que vestirse y que pintarse; toda esa turbamulta, con sus necesidades, sus ansias, sus vanidades y sus vicios; los sitios donde habitan: los palacios, los hoteles, los quintos pisos, y luego, las fábricas, las tiendas, las iglesias, los asilos, los hospitales, los manicomios, las casas de prostitución; todo junto me produce, como digo, terror, y a veces algo de asco también.” (Pío Baroja, “El gran torbellino del mundo”[novela])

contando estrellas a mano, una a una, y midiendo su brillo por comparación con las estrellas estándares, una a una. Así se elaboraban catálogos de unos pocos cientos o miles de estrellas, y lo mismo con las galaxias. Hoy, la mayor parte del trabajo en astronomía sigue siendo tedioso, rutinario, como en muchas otras ciencias. ¿Por qué?—se pregunta uno—si con la llegada de los ordenadores tendría que reducirse considerablemente la labor. La respuesta es que ahora los catálogos de estrellas incluyen millones o cientos de millones de objetos, con mayor precisión, etc. O sea, el aumento de la tecnología no redujo el tedio sino que incrementó las labores para compensar el aumento de rapidez proporcionado por los ordenadores. ¿Y somos mejores con esa tecnología? No, más bien lo contrario: “*es notorio que los hombres, pese al avance de la ciencia y la técnica, empobrecen material, emocional y espiritualmente*” (Horkheimer). La diferencia está en que antes nos pasábamos horas con las placas y el microscopio, y ahora estamos delante de una pantalla de ordenador. Igual que ocurre en este ejemplo, ocurre en otras múltiples facetas humanas; desde los bancos hasta los supermercados, desde las bibliotecas hasta los institutos de investigación.

¿Y si uno toma la decisión de no utilizar el ordenador? Pues serás desechado porque no puedes competir con los demás que producen más al mismo precio.

Al fin, hemos conseguido producir mucho más, pero ¿para quién? Así sucede con la amplia cantidad de información accesible por medio de Internet. Efectivamente, es una gran ventaja que facilita el acceso a la información, no cabe duda, pero, cuando todo el mundo la utiliza, se produce más y uno se ve obligado a usarla también para seguir el ritmo frenético de nuestros tiempos. Trabajarás más o menos lo mismo, pero quemándote los ojos delante de una pantalla todo el día en vez de estar entre papeles. ¿Quién ha dicho que la mecanización y la informática nos iban a ahorrar esfuerzos?, ¿a quién le ahorra esfuerzos? Cada vez más gente muere de infartos, cada vez hay más estrés, más insomnio, etc. ¿Qué hemos sacado del progreso industrial y tecnológico?

Además, como todo medio de comunicación, contribuye a la alienación, a la homogeneización del pensamiento, inhibiendo la pluralidad en la sociedad. La red de Internet ha sido ya equiparada por algunos neurocientíficos, como Rodolfo Llinás, al sistema nervioso neuronal en un cerebro en cuanto al modo de transmitir la información. Todavía no hay mente colectiva pues no piensa—dice el neurocientífico—, sin embargo se esboza ya un proceso global de toma de decisiones.

Me estoy imaginando lo que pensaban los ciudadanos de finales del s. XIX cuando aparecieron los primeros coches. Se dirían: “¡qué buen invento!; cuando todas las familias tengan uno, podrán moverse con facilidad a donde quieran; cuando se construyan buenas carreteras podremos desplazarnos cómodamente en esos aparatos...” Y se cumplieron sus sueños,... y se tornaron en una pesadilla: las bellas ciudades de finales del s. XIX se transformaron en coches, ruido, coches, motos, camiones, ruido, más ruido, semáforos,

bocinazos, atascos, guardias con silbato en medio de los cruces, gritos, prisas, humo, más ruido, coches por todos los lugares, calles llenas de coches aparcados o en marcha, latas con ruedas por todos los lugares. Es cierto, el automóvil es útil, pero ¿qué hemos avanzado con él? ¿Dónde quedaron esas calles de adoquines, ese claqueteo de los caballos, esas ciudades sin contaminación,...? Enhorabuena, lo habéis conseguido: ya tenemos coches hasta en la sopa. Hemos destruido la belleza en pos de una utilidad, ¿para quién? ¿No sería mejor disfrutar de las flores, de sus olores y colores, y no cortarlas por una cuestión de utilidad?

Muchas personas no conciben hoy la vida sin automóvil y ello está relacionado con el desorden a que se ven abocados los individuos en una sociedad altamente ineficiente. Lo lógico, desde una planificación eficiente, sería por ejemplo que cada individuo viviese cerca del lugar donde trabaja. Pero la especulación inmobiliaria en los centros de las ciudades ha originado que una gran parte de la población viva lejos de donde trabaja, y por lo tanto que necesite un medio de transporte. En el fondo lo que subyace tras esa aparente necesidad del automóvil es la pésima organización a la que conduce el capitalismo, basada no en la eficiencia sino en la promoción del consumo por el consumo.

La historia se repite. Una nueva tecnología amenaza con invadir el planeta: la red de ordenadores. Cuando tengamos ordenadores hasta en la sopa, cosa que ya empieza a ser una realidad, nos lamentaremos de las pérdidas, pero para entonces ya será demasiado tarde. Siempre se puede ir a peor y allá vamos. Añoraremos ese mundo más humano, sin máquinas, pero ya será demasiado tarde. Ahora estamos a tiempo de parar la revolución informática, pero ¿quién se enfrenta con esos colosos deseosos de amasar fortunas en pocos años? O por poner otro ejemplo: la revolución de las comunicaciones por teléfono móvil, otra fuente de fortunas para las compañías de teléfonos, y que suponen una merma de la independencia de cada portador de esos cacharritos, un modo de convertir este mundo en una cárcel vigilada en que cada individuo está localizable en todo momento. ¡Adelante la tecnología, atrás el ser humano!

*“Sin el ferrocarril que supera la distancia, nuestro hijo jamás habría abandonado la ciudad natal, y no necesitaríamos el teléfono para poder oír su voz (...) ¿De qué nos sirve reducir la mortalidad infantil si precisamente esto nos obliga a adoptar máxima prudencia en la procreación? (...) ¿De qué nos sirve, por fin, una larga vida si es tan miserable, tan pobre en alegrías y rica en sufrimientos que sólo podemos saludar a la muerte como feliz liberación?” (Freud, “El malestar en la cultura”)*

La historia se repite y los males que fueron vistos hace ya más de un siglo ante la revolución industrial siguen presentes y aun amplificadas. El populacho quiere trabajo, más y más trabajo, hay que darles que hacer. La sociedad se precipita en crisis industriales de superproducción que convulsionan el organismo social, porque al ritmo que producen las máquinas industriales y los recursos informáticos, unidos al ansia de la turba esclavizada por

producir, se consigue un exceso de mercancías. Demasiadas mercancías que deben ser vendidas; hay que buscar compradores, hay que viciar a los individuos con productos que no necesitan; excitar apetitos y provocarles la ansiedad del consumo. Los almacenes se desbordan. Sobran mercancías, y cuando no se sabe qué hacer con ellas, se las tira por la ventana, se queman, se tiran al agua, no sin antes tratar de meterlas en los hogares de los esclavos sea como sea.

Hace más de un siglo que se viene diciendo que las máquinas no harían descansar al hombre. Lo harían si cambiase la organización social y se frenase el consumo pero, en medio de un capitalismo, las máquinas degradarán el paisaje, aumentarán la especulación y no frenarán la ansiedad activa. Contaba Pablo Lafargue en su librito “El derecho a la pereza” escrito en 1880 acerca de los avances de su época:

*“Una buena obrera no hace con el huso más de cinco mallas por minuto; ciertas máquinas circulares de tejido de punto hacen treinta mil en el mismo tiempo. Cada minuto de la máquina da a la obrera diez días de descanso. Lo que es cierto para la industria del tejido de punto es más o menos cierto para todas las industrias renovadas por la mecánica moderna. ¿Pero qué vemos? A medida que la máquina se perfecciona y abate el trabajo del hombre con una rapidez y una precisión crecientes, el obrero, en lugar de prolongar su reposo de antaño, redobla el ardor, como si quisiera rivalizar con la máquina. ¡Oh, competencia absurda y asesina!”*

Los ordenadores y los mecanismos industriales no tienen la culpa, sólo son máquinas. Los empleados no tienen la culpa, sólo son esclavos con cadenas invisibles amarradas a su intestino, sólo son máquinas. Los jefes de las empresas no tienen la culpa, sólo son animales con sed de status y poder económico, sólo son máquinas. Las personas que compartimos una opinión crítica con el capitalismo no tenemos la culpa, la naturaleza y las circunstancias nos han hecho sensibles ante tanta inmundicia, sólo somos máquinas.

**Martín López Corredoira** (Lugo, 1970). Dr. en Filosofía y Dr. en Cc. Físicas, investigador en la actualidad en el “Instituto de Astrofísica de Canarias”. Últimos libros: coautor de “¿Dios o la materia?” (Áltera, Barcelona, 2008); editor y coautor de “Against the Tide” (Universal Publ., EE.UU., 2008).